

TENDENCIAS LITERARIAS EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX



Álaba cuenta con buen número de literatos y escritores que honran la tierra en que nacieron. De buena gana haría aquí un recuento general de los que dentro y fuera de esta querida patria chica rinden culto á las bellas letras, pero circunscribiéndome á los que actualmente en Vitoria dan á la estampa sus producciones, consigno sus nombres sin orden de prelación de ningún género y apunto los de Baraibar (D. F.), Velasco (D. E.), Echávarri (D. V.), Apraiz (D. R. y D. J.), Becerro de Bengoa (D. R.), Díaz de Arcaya (D. M.), Arciniega (D. M.), Arzadun, Serdan, Pelaez, Arcaute (D. M.), Zulueta (D. P.), Gurruchaga, Feliú, Madinaveitia y tantos otros de que me olvidaré en este momento.

En estos días ocupa la atención de las gentes de letras el hermoso discurso, objeto de estas líneas, *Tendencias literarias en la España del siglo XIX*, que impreso con otros dos discursos titulados *Heine y Becquer* y *La mujer y la poesía lírica*, acaba de publicar su autor el distinguido profesor del Instituto de segunda enseñanza de Vitoria D. Herminio Madinaveitia, formando un elegante volumen de sesenta y cuatro páginas, en 4.º menor prolongado, esmeradamente impreso sobre grueso papel y llevando el tomo el título general de *Discursos literarios*.

Prescindiendo de los otros dos discursos, pronunciados ya hace tiempo y que con alguna de las ideas en ellos vertidas no estaría ahora conforme su autor, por haber sido aquellos trabajos de circunstancias, hablaré solo de las *Tendencias literarias en la España del siglo XIX*.

Esta bien pensada oración fué pronunciada en el Ateneo de Vitoria en la sesión de clausura de 30 de Diciembre último, abarcando

principalmente su exámen la épica, la lírica, el teatro y la novela, que juzga el orador con gran conocimiento literario, perfecta claridad de ideas, expuestas con notable método y estilo brillantísimo, no incurriendo nunca en ampulósidades ni rebuscamiento de frases y evidenciando siempre grande y sólida erudición.

Avalora más labor tan meritísima la extraordinaria modestia del autor que advierte en nota puesta al final del volumen *Discursos literarios* que solo los colecciona para sus amigos, sin ánimo de exhibiciones de las cuales algunos pudieran suponerle capáz.

Tal modestia y tanta ilustración reunidas bien merecen la pena de transcribir, como comprobación de lo dicho, algunos párrafos de tan interesante trabajo.

«La novela,—dice el señor Madinaveitia,—es la epopeya del presente; la muchacha cuyo nacimiento presiden todas las hadas inspiradoras de la literatura.

Así la encontramos de fresca y de rozagante, y así la épica, la lírica, la dramática, la oratoria, la dialéctica, la sátira, la epístola, el diálogo, la descripción, el soliloquio, los primores ideales y los rasgos observadores, las crudezas de la realidad y las especulaciones científicas, caben en ella para producir el género más oportuno, más viviente y vibrante en los días que corren, más conforme con la afanosa actividad que es el distintivo de los actuales tiempos.

Buena ocasión esta de entonar un himno á la novela, que es como la síntesis hermosa de toda la literatura, y de explicar cómo ante su presencia palidecen y se entecan otros géneros que antes recibieron en oleadas la inspiración vigorosa y potente; la inspiración que ahora les falta. Pero ese solo punto podría ser objeto de disquisiciones que me alejarían de este que por desgracia vuestra y mía me tiene ocupado.

Tres momentos pudiéramos señalar en la vida de la novela de este siglo: el anterior al reinado de doña Isabel; el que corre con los años que forman ese período de nuestra historia; y el posterior á la revolución. Pobre, insignificante, apenas perceptible el primero; como de transición y poco definido el segundo; hermoso y arrollador el último.

Nada, ó algo más, inspira á la novela en el primer tercio del siglo presente; Francia é Inglaterra mándanla su informe montón de abundante pasto, de dudosa calidad no poco, y las traducciones de obras ó melifluas ó de carácter con tendencias morales dánnos á conocer, principalmente, el genio de Chateaubriand y de Saint-Pierre.

La vena romántica corre ampulosa y fluida en el segundo instante de la novela de hoy. Pero empujada, sin duda, por el impulso que la inspiración de Walter Scot recibe, y deslumbrando, por así decirlo, con las dotes esplendentes del historiador poeta á los que, por seguir sus huellas hácese párias de la ajena inspiración. ¡Y que párias de tan nobles ejecutorias! López Soler, Larra, Espronceda, Escosura, El *Solitario*, Martínez de la Rosa, Enrique Gil, Navarro Villoslada, Cánovas, Balaguer, Fernández y González, encadenándose unos al *procedimiento walterscottiano*, dejando lucir otros, como el último, en especial, ráfagas de peregrinísimo ingenio, cultivan la historia novelesca.

Ni faltan, además los que con propósitos humanitarios, con carácter tendencioso, con propagadores empeños, con ribetes políticos y aún con moralizadores afanes, ó nos dan á conocer, como la Avellaneda, la fresca musa de Jorge Sand ó tráennos la por aquellos días revoltosa de Eugenio Sué al servicio de nuestro Ayguals de Izco ó influyendo, si bien con disfraces que la permitían entrar en todos los hogares, en el tan fecundo como literariamente estéril Pérez Escrich.

De aquel turbión de imitaciones, de manjares franceses servidos en platos á la española, de entregas á cuartillo de real, surge, sin embargo, la nota clara de la verdad compenetrándose en el alma de una mujer, de *Fernán-Caballero*, y produciendo cuadros costumbristas, lucientísimos, llenos de color y de frescura que acaso señalan la feliz iniciación de la novela contemporánea.

Con más idílicos toques, con sencillez que fascina por lo grande, pero moviéndose en el estrecho escenario de nuestras montañas, Antonio Trueba, de menor reputación indudablemente, la sigue; y no puede olvidarse tampoco á Selgas si á considerarlo vamos como uno de los escritores que dió al traste, al seguir otras maneras de componer, con aquellos encantados castillos, aquellas maravillosas aventuras, y aquel convencional espíritu creador en que tan vario y poderoso se muestra el romántico númer.

Y desde este punto bien puede decirse que entramos en el de los últimos instantes arriba marcados, en el hermoso florecimiento de la novela contemporánea.

Dos tendencias disputanse su dominio: la idealista y la realista.

La primera haciendo fulgurar el brillo de sus armas antes triunfadoras, ennobleciéndolas aún con los florones que con ellas gana el génio de uno de los que mejor las esgrimen, de los que más reverdecen,

hasta hacerlos vivir contra el ambiente que les rodea, los laureles conquistados; la otra imponiéndose y palmo á palmo yendo victoriosa hasta las trincheras del enemigo.

Grandioso campeón de aquellas, lazo de oro que ata lo que de una quédanos, lo que de otra vence, es D. Pedro Antonio de Alarcón.

¡Qué recuerdos nos inspira á todos;! cómo aquel dulce encanto de su pluma vive sin apartarse de nuestras remembranzas juveniles;! ¡cuál, todavía, á despecho de todas las frialdades escépticas arranca vítores en el teatro y conmueve en la novela el abrazo de amor de Manuel Veneegas á Soledad en esas páginas llenas de luz que se llaman *El niño de la bola!*

Alarcón, como el sol, alumbraba dos mundos, el del romanticismo que muere y el del realismo que nace. Y he dicho del primero que muere, sin acordarme de que los pensares idealistas de Alarcón ni empalidecen nunca ni los barre el viento alborotado de otras escuelas. Que es achaque humano vivir de lo que en torno tenemos y de lo que como espiritual aletea en nuestra alma; y el vuelo misterioso de esos sentimientos es lo que acertó á sorprender en dichosísimos instantes de inspiración la péñola brillante del autor de *El Escándalo*. Su idealismo es sano, consolador; su imaginación no se arrebata ante el delirio del ensueño imposible; su pincel tiene mágicos colores mojados en sol andaluz y en españoles matices; su describir es rico y si no minucioso, al modo del ahora en boga, es fresco, en cambio y como resaltador de primorosísimos relieves; su espíritu moruno, aún parece conservar halagadores concentos de los que vagan perdidos por los ajimeces de la Alhambra ó por las bordadas columnas de la Catedral cordobesa. Así se escapa de las alarconianas obras tan sutil perfume, y así se leen aún para esparcimiento de los que tienen en lo que vale aquel precepto bíblico de que *no solo de pan vive el hombre*.

Otro paso de transición entre las dos escuelas, con un pié muy adelantado en el realismo, es el P. Coloma. Hay que hablar de él porque así lo quiere la significación que en la de hoy le alcanza.

El renombrado escritor, por el fin, por la tendencia, por el fondo altamente moral de sus libros, es idealista; pero sabio conocedor de la sociedad en que vive, tornavoz, para condenarlos ácremente, de sus vicios é hipocresías, resulta para el procedimiento, para la factura de composición, un realista inconsciente, si quereis, que se muestra con audaces brillanteces en *La Gorriona*, en *Pilatillo*, en su zarandeada

y discutida *Pequeñeces.....*; para no citar otros libros del ilustre Padre.

Anterior á él en el orden del tiempo, fustigador tan ingenioso como ilustrado del naturalismo, idealista por convencimiento y espontáneo impulso, mejor aún por exigencias de una altura clásica y de una educación quintesenciada, pero independiente por el vuelo del espíritu y esquisiteces del gusto, D. Juan Valera es hoy otro de los mantenedores de la novela.

No puede dejar de ser modernista quien tanto sabe; no es posible que sea sino maestro consumado en la dicción quien tan áurea pluma tiene. Y así sucede; los alicatados primorosísimos, el aroma embriagador de místicas armonías, sublimadas por los Luises, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, encuentran en Valera quien las recuerde y deleitosamente las tenga como sonando en los oídos con música inefable. Al propio tiempo, el entendimiento penetrante, la aguda perspicacia, el humorismo como rebosando y saliéndose del concepto tampoco pueden faltar en quien tan peregrinas dotes atesora. Y del conjunto de ellas, y como natural consecuencia de todas surge un Valera ecléctico, ni ideal en demasia ni exento en absoluto de sano realismo y dános, para convite de espíritus delicados, novelas hermosas por la forma, harto bien escritas para que Zola y sus discípulos las tengan por suyas, excesivamente propias, si se me permite la palabra á falta de otra mejor, para que nos parezcan de un idealismo exótico y decadente. Pero quien tan bién engarza brillantes, en alguna joya había de dejar su sello inconfundible y su nombre glorioso y como emblema de ambas cosas ahí está la sin par *Pepita Gimenez*, al lado de la cual hasta D.^a Luz palidece y se anubla.

¿Qué es ese libro? impórtanos poco, sabemos que nos arrastra con sus encantos inmarcesibles y es lo único que al arte de todos los tiempos y de todas las edades interesa.

Con Valera ciérrase el ciclo de los idealistas y de los independientes, por así decirlo. El realismo impera en Galdós y ante él y otros maestros vamos á pararnos un instante.

Perez Galdós es el representante más genuino de la escuela. Su realismo es tranquilo, reposado, natural, sin exageraciones de fanático pero también sin miramientos de incertidumbre ó medrosidades de poco convencido. Sin duda que á él le arrastra el temperamento, su propia manera de concebir y ver cuanto á su alrededor tiene, pero

¡qué bien lo vé el novelista y cómo sabe convertir sus libros en palenques donde las humanas pasiones juegan y riñen y en natural escenario de la vida toda, con sus alegrías y miserias, con sus virtudes y vicios! Allí los personajes son dignas figuras del cuadro en que se mueven; la verdad como en su propio lugar se asienta; los problemas sociológicos tienden á resolverse enredados en el hilo de la acción; no obran los que la realizan por fútiles caprichos del convencionalismo, sino á impulsos del alma que se hiergue, del avasallador apasionamiento, de los nervios que se sacuden, de los músculos que se retuercen, de la sangre que corre, de la carne que palpita. Toda la existencia pín-tase en las novelas galdosianas; un realismo como *burgués*, si se permite la expresión, la retrata.

Imposible concretar la labor del maestro. Desde sus *Episodios Nacionales*, esa moderna epopeya de que tanto gustamos, hasta sus últimas obras, corre una serie interminable de horas dedicadas con excelente fruto al trabajo que la fama consolidan y el triunfo cantan.

De todo hay en las abundosas cepas de su viña. Desde aquellas novelas con tésis en que se plantean problemas de conciencia y cuestiones en lo social, religioso y político palpitantes, hasta esos idilios que, como *Marianela*, al probar la flexibilidad de las aptitudes de quien los concibe enseñan, también, cuán aburrida es la constante caminata por el llano, y cómo á las veces gusta subir á las laderas, si no á la cima de la montaña, de donde más cerca están las nubes del ensueño. Hoy Galdós parece tender un poco al simbolismo y el neomisticismo como para concretar en una figura, en una idea, abstracciones y generalizaciones que á veces son el esqueleto de un sistema filosófico.

Galdós, novelista en suma, es una figura excelsa merecedora del afecto de todos; su realismo á lo Dickens ha penetrado sin escrúpulos y sin peligros en los hogares; y más radiosa y brillante aparecerá cuanto más la pátina del tiempo dé tonos de venerable vejez á esos libros hermosísimos que se llaman *Gloria*, *La desheredada*, *La familia de León Roch*, *Lo prohibido* y tantos otros que empujan á España á la fila de las naciones donde hoy se novela mejor.

Pereda, el montañés ilustre, es también astro de primera magnitud. De encontrada escuela que Galdós en lo religioso y político, armonizase con él—feliz armonía—en elevar la alcuernia y merecimientos del género que ambos cultivan.

El autor de *Pedro Sanchez*, de *D. Gonzalo González de la Gonzalezera*, de *La Puchera*, de tantas novelas por conocidas estimadas, descende de la prosapia ilustre de nuestros novelistas del siglo de oro; sus preciosidades de forma la delatan; aquel aroma añejo que surge de su dicción castiza, como si la rebuscase unas veces, algo arcáica otras, dánle suavísimo encanto que hace envidiar la pluma del pintor inconfundible de la montaña santanderina.

En esto nadie puede igualarle, y lo mismo las *marinas*, llenas de luz y de ambiente, que los rinconcillos de la tierra, admirables en punto á verdad y color, hacen que la paleta de Pereda sea una de las más privilegiadas, sus pinceles de los mejor manejados, y su arte en admirar la naturaleza y trasladarla al papel con el reflejo de sus maravillas incopiable y asombroso.

Realista sin evitación, sus tipos son de los que viven vida inmortal; nadie es capaz de recordarlos sin verlos alzarse con todo el vigor de la fuerza creadora que los lanzó al mundo de la literatura. ¿Quién no los ha ternido alguna vez ante sus ojos? ¿quién, á los que por ahí encontró, puede dejar de ocurrírsele compararlos, por lo iguales, con los que le salieron al paso en las novelas de Pereda?

Tal vez es el escenario de este muy reducido y la decoración, aunque siempre diferente por la perspectiva y el punto de donde se ve, semejante. Pero ¿qué tiene eso que ver si es tan admirable la pintura y tan real y exacto el parecido?

Pereda, en resúmen, es una personalidad vigorosísima en el campo literario, y aunque solo hubiese escrito su inimitable *Sotileza* habríamos de rendirnos ante su genio esplendoroso y potente.

La señora Pardo Bazán manifiéstase con iguales tendencias realistas. Es más, ella definió el realismo y naturalismo, y aún en hábil defensa de la doctrina mostróse partidaria, á vuelta de justos y legítimos distingos, de las que preconizaban al otro lado del Pirineo Zola y los suyos.

Porque como de pasada conviene advertir, para que ningún timorato se asuste, que no es nuestro realismo en literatura lo que el naturalismo francés como secta literaria y que más decoroso el de aquí apenas si concibe tales ó cuales capítulos que como demostrativos del sistema hánse escrito en la nación vecina.

Pues bien, la señora Pardo Bazán alistóse briosamente en las filas de los beligerantes y si no sintiese verdadera debilidad por las dotes

literarias de la escritora insigne diría que ni nadie combatió con tal denuedo ni nadie tampoco atreviése á tanto en lo de patentizar en el libro los procedimientos ó toques, mejor, naturalistas.

Y la autora ilustre de *Un viaje de novios*, enriqueció con su indiscutible talento la novela española y la aumentó con preciosos volúmenes, pedestal brillante de un nombre bien ganado, entre los cuales si éste ó el otro es relativamente peor que los demás, ninguno, en definitiva, es ni mediano, y muchos si admirables.

Jacinto Octavio Picón, Armando Palacio, Clarín, Zahonero, Blasco Ibañez, forman brillante cortejo que á la novela contemporánea sigue.

Picón, escritor un poco ceñudo, hace pensar, y el gérmen del problema vital palpita siempre en sus libros que tienen junto á páginas negras otras doradas y esplendentes; *El enemigo* no ha de dejarme mentir.=Palacio Valdés es un novelista muy simpático, de tonos rientes, de sentimientos candorosos y como juveniles, á quien no asusta el naturalismo y que sin llegar á la clásica corrección se lee con indefinible encanto: ahí están, para reforzar mi juicio *Marta y María*, *Maximina*, *Riverita*, *El cuarto poder*.=Clarín, tiende un poco á la novela psicológica á lo Bourget y es mantenedor, también, de los fueros naturalistas; recordad, como prueba de lo que digo, *La Regenta* y *Su único hijo*.

Zahonero sin entrar muy de lleno en el campo de la novela, que no abarca tan bien como el cuento, merece citarse por sus tendencias conformes con las que ahora señalo, dígalo si no *La Carnaza*; y por último Blasco Ibañez, uno de los jóvenes más brillantes de la nueva generación tiene paleta de deslumbrantes colores, es muy vigoroso en el decir, muy observador de costumbres, de las que nos da exacta copia siempre, y atractivo descripcionista de todo aquello que á su privilegiada imaginación hiere y choca; *Flor de Mayo* y sus hermosos cuentos dánle derecho á ocupar este sitio que me atrevo á señalarle.

Sin querer saltó á los puntos de la pluma la palabra cuento: ¿qué de cuentistas no pudiera citarse? No está el género, muy digno de estima, como que es el embrión de la novela, una novela íntegra muchas veces, tan desarrollado como en otras naciones. Así y todo se ha extendido no poco en los últimos tiempos y no acabaría de citar nombres de cuentistas que gozan de justa fama. Quédese, pues ese asunto, para otra ocasión y mayor espacio del que dispongo».

Lástima que las múltiples ocupaciones del señor Madinaveitia, como director del periódico *La Libertad*, de Vitoria, y como profesor del Instituto alabés, no le permitan dedicarse de lleno á labores literarias como la que motiva estas líneas, con lo cual saldría gananciosa la literatura alabesa.

JOSÉ COLÁ Y GOTTI

A Z E R I Y A



Abillenetan berdin gabia
dala, zabaldua dago,
ta fama ori arrazoi aundiz
eman diyotela nago;
nai duben dana logratutzen du
otsuak baña lenago,
artzai gaztia, mendi zakurra
chuliatubaz nayago...
gizonak aña malizi badu
ezbaldiñ badu geyago.

Ezkutatzeke mendi zuluak,
itsaso ertza, basuak,
artaldiari eraso gabe
neurritzen daki pausuak;
begiyak erne, belarri puntak
zorrozki gora jasuak,
jakinduriyak baliyatu ta
burlatzen daki lazuak,
berarengana daukazkiyela
segurantzta chit osuak.

Bere gandikan urruti gabe
gaitza senti dubenian;
igesiko da neke gaberik
aldapik ziarrenian;
ta nola eztan oso fiyatzen
bere lastertasunian,
naiz estutasun arrek nastuta
ipiñi ichumenian,
gorde lekua billatuko du
ala gertatzen danian.

Eztu urruti alderagiten
bere bizitegitikan,
au moldatzen du baso ertzian
aldian baserritikan;
ollar gaztien kanta entzunta
arrastatzen da pozikan;
billatutzen du erik onena,
pauso neurtubaz andikan,
ala guchitan biurtutzen da
lengo zulora utsikan.